

del sol; el fuego de mi alma había sido inútil para fundir el hielo del corazón egoísta de la mujer que quedaba allá dentro, iluminada por las llamas temblorosas que ardían en el fondo negruzco de la chimenea.

DOLORES

Dolores.

Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de soñadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si trataran de ofrecer salida a los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de diez y ocho años, que, soñando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, a un banquero materialote y soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en la caja de sus caudales.

La boda fué uno de esos contratos brutales que se conciertan a espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente.

Dolores era hermosa; el banquero, rico, y los padres de la muchacha, pobres y egoístas. El trato se hizo pronto. «Toma su belleza y abre tu bolsa», dijeron los padres de la niña; y, previa la bendición de un clérigo, arrojaron a su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco a poco, a semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinetito una pajarera,

y se pasaba las horas muertas delante de ella oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar, repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería a sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar a Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y mostrando en su rostro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales que, ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos de alpiste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos a los otros con un rumor conti-

nuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retozona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban a endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios, y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia de los desgraciados, me decía :

— Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que, por ser felices, huyeron pronto.

Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visuali-

dad, piensan, coordinan ideas, reflexionan; y todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños, sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos.

¡No te rías! — gritaba Dolores, al ver un gesto de incredulidad en mis labios — ; ¡no te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el ser amado estos bicharracos inaguantables, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande a un tiempo, la cual historia quiero estampar en letras de molde, como tributo rendido a la memoria de aquella mujer que ya no existe.

*
*
*

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1925. 1625 MONTERREY, MEXICO

«Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal. Siempre estaban juntos.

Allí, en lo alto de la pajarera, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de separarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, ¡como ya no viviré nunca!...

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño.

Al sólo anuncio de mi voz acudían a los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día el macho, al saltar desde los alambres a uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con angustia, y, al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo piando tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, señalándome la pata del herido que colgaba casi desprendida, exclamó:

— Hay que cortarla.

— ¡No! — grité yo.

— Se le caerá sola — repuso el hombre.

— ¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé a otra jaula y trasladé con

él a su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente vine a este sitio, deseosa de conocer el estado del pobre enfermo.

¿Sabes lo que vi?...

Pues vi a la hembra con la pechuga desnuda de plumas, sonrosada y jadeante. Sí; se había arrancado sus plumas una tras otra durante la noche, y con aquellas partes de su propio ser había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su sed, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia. Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y

alegre, pagando con un himno sonoro los desvelos de su compañera.»

*
* *

¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto? — exclamó Dolores con amargura —. Porque saben amar; a tal extremo, que a los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

¡Ah! — siguió diciendo Dolores —; ¡yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas, absolutamente todas las fibras de mi alma! Y, sin embargo..., ¡ya lo ves!

E inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.

LA FLOR DEL PANTANO

La flor del pantano.

Como en los cuadros sombríos de Ribera se destacan sobre las tintas oscuras del fondo la figura del santo y la figura del ángel, descarnada, triste y miserable la una, sonriente la otra, y formando un tono armónico las dos, así en aquel fondo constituido por el quicio tenebroso de una puerta y por el enfangado piso de una calle, sobre cuyas piedras golpeaba la lluvia con rumor sordo y continuo, destacábase el contorno confuso de la mendiga, montón de huesos, de arrugas y de hara-

pos, más que guarecido, arrinconado contra las baldosas del portal, y la imagen esbelta de la niña que, chapoteando en los charcos con sus piecitos desnudos, corría al encuentro de los transeuntes en demanda de una limosna, que la mayor parte de ellos no entregaban; ¿por avaricia?; nada de eso: por no enfriarse las manos.

La fraternidad humana tiene sus límites, y en esos límites no entra el sacrificio momentáneo de la epidermis.

Semejante grupo, y con especialidad aquella criatura de nueve a diez años, ha llamado mi atención en el transcurso de varias noches, y algunas veces me he detenido a mirarlo, porque la pobre niña es hermosa y su hermosura resplandece entre su miseria, como los relámpagos en la obscuridad, con luz siniestra y deslumbradora.

Compadece y encanta a un tiempo su cuerpecillo, envuelto por una túnica hecha de jirones recogidos al azar y remendados con instinto churrigueresco; dan pena sus pies, encallecidos por el roce áspero de los guijarros; provocan la angustia sus manos rojas y agarrotadas por el frío, que se extienden hacia adelante en actitud de súplica, y atraen y seducen sus ojos grandes, negros e inteligentes, su naricilla remangada y burlona, sus labios frescos, su barba redonda, su frente ancha y su cabellera despeinada, que se pierde, revuelta y tumultuosa, entre los pliegues deshilachados de un pañuelo de percal.

¡Hechicera imagen sacudida por las privaciones y moldeada por la desgracia! Tras las amarguras de su presente, ¿qué tiene reservado para ella el porvenir? Yo he pensado en esto muchas veces, for-

mando a mis solas el proceso lógico de aquella existencia, y he visto, con los ojos de la imaginación, algo muy triste y que, sin embargo, representa el futuro de esa muchacha que todas las noches viene a mi encuentro y acaricia mi oído con su voz fresca y temblorosa.

Pasará el tiempo; seguirá la mendiga acurrucada en el quicio de la puerta; seguirá la infeliz criatura implorando el público socorro, y llegará, al fin, una noche en que deteniéndose, más que por capricho, por azar, frente a uno de esos grandes espejos que decoran las tiendas de lujo, vea reflejada su imagen sobre la superficie del cristal, y observe que su cuerpo, redondeándose, ha adquirido formas espléndidas, curvas graciosas que, levantando el seno, contorneando la cintura, dando mayor ensanche a las caderas y a los hombros, más redondez a los brazos y

más robustez a la garganta, han transformado en mujer a la niña: al ver esto, verá que sus ojos resplandecen con luz extraña; que las ventanillas de su nariz se dilatan a impulso de desconocidos apetitos; que sus labios se entreabren avarientos de goces; que sus mejillas se colorean y que estas múltiples vibraciones de su organismo la embellecen; sentiráse hermosa, y por serlo, mirará con asco sus harapos, tendrá ansias de vivir la vida que su instinto la ha hecho comprender, y será del primero que pase por su lado, y al pasar la mire, y al mirarla le ofrezca, a cambio de su juventud, un mantón de abrigo, un pañuelo de seda y unas botas respunteadas, con tacón alto y caña de satén.

Así vivirá un año, dos, cinco, diez, pasando de uno en otro — en ese comercio del vicio, donde, como en todo tráfico comercial, el mejor postor se lleva la pren-

da —, dejando en poder de cada uno un jirón de su vida exuberante y de su sangre fresca, hasta que, inservible y deshecha, vuelva al punto de partida con los mismos harapos que antes, pero sin los atractivos de la inocencia y sin los encantos de la niñez.

¡Qué remedio! Tal es el destino implacable de estas existencias arrojadas en el arroyo por la indiferencia común, sin amparo, sin guía, sin sostén y sin alma, que no es alma un montón confuso de sentimientos embrionarios que nadie se cuida de desarrollar ni dirigir. A semejanza de las flores que nacen al borde del pantano, donde la gente no se aproxima temiendo fiebres perniciosas, la pobre niña tiene marcado su destino.

La flor del pantano crece a la orilla de las aguas infectas; débil el tallo, falto de savia, raquítrico a causa de la atmósfera

enrarecida que le envuelve, se levanta con trabajoso esfuerzo al principio; al cabo se yergue vencedor, ostenta sus encendidos tonos, que al excitar el apetito de los transeuntes, al detener su paso y al provocar su admiración, la proporcionan a ella un triunfo efímero, que dura lo que duran aquellas hojas de vistosos colores y de aterciopelados matices.

Pero las flores se marchitan, la planta palidece, las raíces se secan y el tallo mustio, inservible y rugoso, se dobla y cae en el fondo de las aguas corrompidas, no sin dejar antes sobre la ribera alguna semilla que fructifique y perpetúe los destinos de su especie desventurada y miserable.

¡Pobre niña la que yo veo todas las noches, roída por el hambre, educada por la miseria y expuesta al golpeteo de la lluvia, al embate del frío y a la curiosidad indiferente de los que tienen casa donde